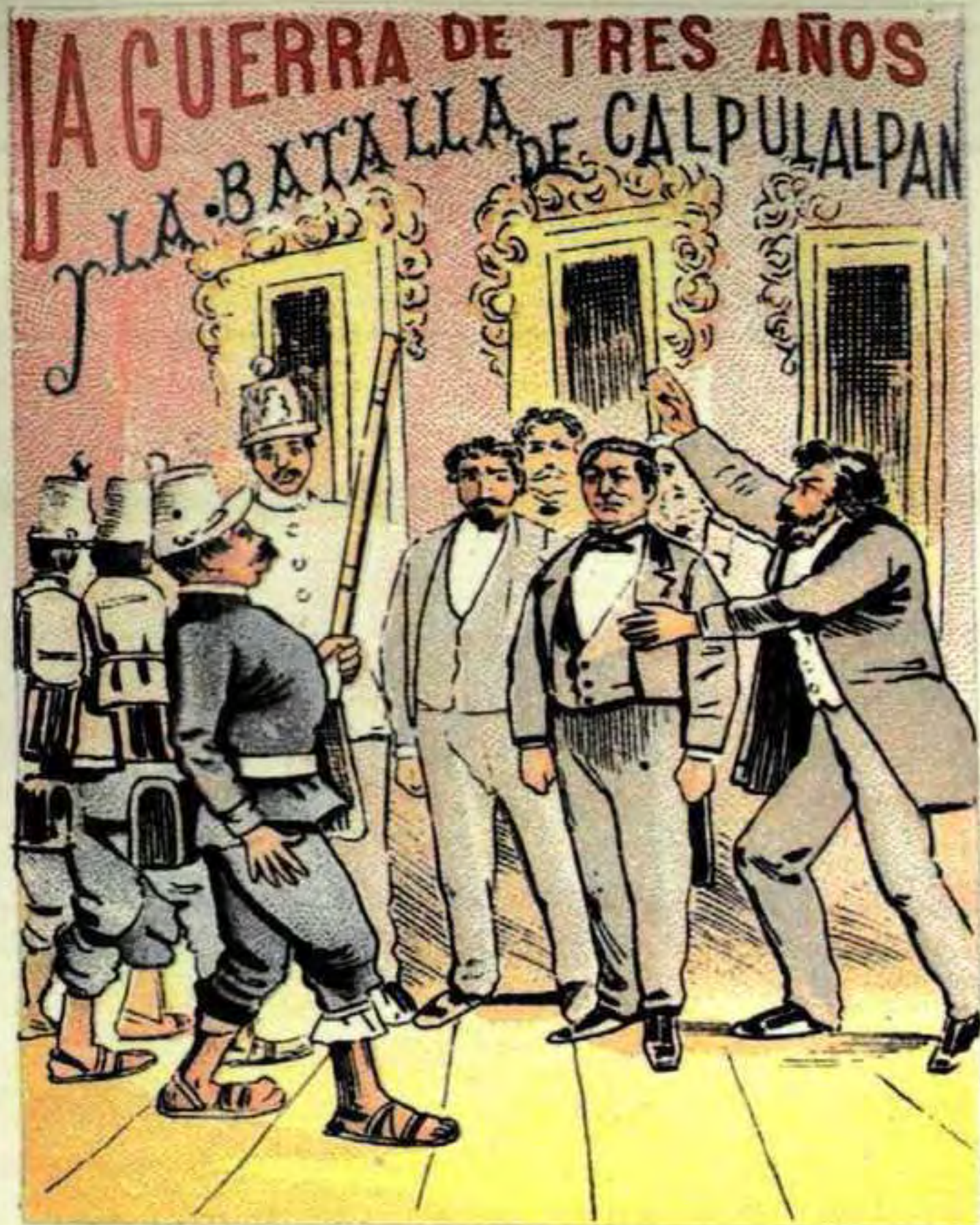


BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO



MAUCCI H^{OS} MEXICO

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

Última série.—Época moderna

La Guerra de Tres Años

Y

La Batalla de Calpulalpan

POB

HERIBERTO FRIAS



MÉXICO

MAUCCI HERMANOS.—PRIMERA DEL RELOX, 1

1901

**Propiedad exclusiva de los
señores Maucel Hermanos.**



La Guerra de Tres Años

Acaso lo que os voy á referir sea la época más triste y negra de nuestra patria.

Desde el grito de Independencia hasta el periodo que vais á conocer, buenos amigos, ni un solo día de paz absoluta había reinado en México... ¡Siempre la guerra!... Siempre sangre... ¿Cuál sería el fin de tanto exterminio? se preguntaban los hombres sin fe... sin embargo había héroes que tenían la conciencia de que México sería feliz... La revolución iniciada el día 1.º de Marzo de 1854 contra la

dietadura ignominiosa del general don Antonio López de Santa-Ana, esa revolución, que lleva el nombre de Ayutla, tomándolo del de un pueblecillo perdido en el Sur, en el Estado de Guerrero y que fué donde se inició, es la única verdaderamente de principios que ha habido en el país y si sus causas fueron muy justas y legítimas, los resultados fueron imponentes, grandiosos y trascendentales nada menos que la caída estrepitosa y para siempre del tirano que con sus rapiñas, desenfreno y absolutismo, apoyado por un numeroso ejército, se creía invencible, y la adquisición de nuestras libertades consignadas en la Gran Carta de 1857.

Mas en el curso de la vida, lectorcitos míos, todo se conquista á fuerza de lucha, de trabajo y de sacrificios; cuando lleguéis á la edad de hombres y podáis hacer estudios más profundos y penetrar más al fondo de las cosas y de los acontecimientos, veréis como cada una de las grandes conquistas de que se enorgullece el género humano ha sido cruenta y do-

lorosa. Para realizarlas se necesitan esos hombres, llenos de fe y entusiasmo en la causa que prosiguen, de amor á sus semejantes y que son capaces de sacrificarlo todo por su ideal.

La obra inmortal, eterna de la Reforma en México iba á luchar con esas dificultades y á necesitar hombres de este género: luchó con ellas y las venció; necesitó paladines y tuvo una pléyade de campeones esforzadísimos que en la cátedra, en el libro, en la prensa, en los campos de batalla y en el cadalso mismo sellaron con su sangre la firmeza de sus ideas, la entereza inquebrantable de sus convicciones.

En una época agitadísima, en medio de una división profundamente acentuada por las más opuestas miras que pueden agitar pechos humanos se reunió el Congreso Constituyente... la grandiosa... la épica Asamblea... Y allá en su seno, entre maravillosas tempestades de elocuencia, aquellos gigantes llenos de inquebrantable confianza en los sacrosan-

tos principios, y de amor al pueblo, elaboraron, formaron y firmaron la inmortal Constitución de 1857, base de nuestras libertades.

Aprended, desde la tierna edad en que os encontráis á venerar á aquellos hombres y respetad siempre este Código sagrado.

Mas el monstruo de la guerra asomó su faz enrojecida por toda la vasta extensión del territorio del Antiguo Anahuac... y vino la hecatombe sombría, terrible, asoladora...

Apenas promulgada la Constitución Comenfort, el Presidente de la República, su natural sostén, la desconoce, la traiciona y se va á perder por su debilidad la obra laboriosa y fructifera de aquella generación de titanes.

Pero no, allí está Benito Juárez, el apóstol, el héroe, el semidios: la obra de la Reforma ha caído en sus manos, él la llevará á cabo contra todo y contra todos: él, encarnación augusta, inalterable de la inflexibilidad, del deber y de la ley, será en lo sucesivo el hombre que sin abatirse por los reveses, ni desesperar jamás del triunfo, luche hasta conse-

guirlo y á la Constitución de 1857 agregue las gloriosas leyes de Reforma.

Y estalló la lucha terrible, audaz, obstinada.

Los enemigos de la Constitución contaban con toda clase de elementos y con muy buenos y aguerridos jefes. Estaban entre ellos el caballeresco don Luis Gonzaga Osollo y el famoso y valiente hasta la temeridad don Miguel Miramar, de grandes talentos militares y sumamente joven.

El señor Licenciado don Benito Juárez, dejando la capital en poder de los reaccionarios, se dirigió al interior.

En Salamanca se dió la primera batalla mandando los liberales el general don Anastasio Parrodi y el general don Luis Gonzaga Osollo á los reaccionarios; el triunfo de éstos fué completo; allí murió heroicamente el coronel Calderón al dar al frente de su brillante regimiento una magnífica carga de caballería.

En vista del desastre ó pérdida de la batalla de Salamanca, el Presidente constitucional



con sus ministros se retiró á la ciudad de Guadalajara,

Estando en esta ciudad el señor Juárez se verificó un suceso famosísimo y que estuvo á punto de tener consecuencias sumamente lamentables y terribles.

El Presidente legitimo-se hallaba en el Palacio del Gobierno de aquel Estado, acompa-

ñado de sus ministros y altos funcionarios, cuando repentinamente un coronel llamado Antonio Landa, que mandaba el quinto batallón, se sublevó, puso en armas á su fuerza é inopinadamente se presentó al frente de ella en el salón principal del Palacio donde se hallaba el Primer Magistrado acompañado de sus fieles servidores.

Landa les intimó que se entregasen prisioneros y una vez que los tuvo en su poder, inermes, sin defensa alguna, ordenó que fueran fusilados allí mismo, en aquel instante, en el propio salón del Palacio!...

Os estremecéis, sin duda, amiguitos, al escuchar semejante atentado: imagináos al Presidente y á sus ministros rodeados de un pelotón de soldados prontos á hacer fuego sobre ellos á la voz de mando de aquel hombre loco... demente tal vez...

Por fortuna, don Guillermo Prieto, que acompañaba á Juárez, conservó su presencia de ánimo: tomó la palabra, se dirigió á los soldados, les hizo ver la magnitud del crimen



que iban á arrojar sobre su nombre; lo sagrado de aquella personalidad, de quien la patria lo esperaba todo, estuvo, en fin, lleno de elocuencia y contuvo el golpe mortal.

Juarez, en este trance formidable, se mostró como siempre, impasible, inalterable; la firmeza de su carácter de bronce, no se desmintió un solo instante ni las líneas de su rostro sufrieron la más leve contracción.

Landa salió con su batallón sublevado para Zacatecas donde más tarde pagó con su vida su temeraria traición.

Juarez, incapaz de sostenerse en Guadalajara contra el avance de los conservadores, salió de aquella plaza rumbo al puerto de Manzanillo, donde se embarcó y después de dar un gran rodeo vino á dar al puerto de Veracruz donde estableció el asiento del Gobierno constitucional.

Entre tanto el partido reaccionario dueño de la capital de la República y de la mayor parte de los Estados de la Federación, parecía ya vencedor y el general don Miguel Miramón, heroe del partido conservador que ocupaba entonces el puesto de Presidente usurpador, pues el legítimo era Juarez, resolvió para acabar con éste, con su prestigio, ir á sitiario personalmente al puerto donde aquel se mantenía firme, inquebrantable.

Llegó el general don Miguel Miramón al frente de un florido ejército y puso cerco á la plaza de Veracruz por tierra, en tanto que una

escuadrilla suya mandada por don Tomás Marín, la sitiaba por mar.

Pero la escuadra fué echada á pique y Miramón rechazado, con lo que, furioso por aquellos reveses, volvió á la capital lleno de cólera.

Aquí debo, queridos amiguitos míos, haceros mención del célebre episodio conocido en la historia de nuestras tristes discordias bajo el nombre de «Los Mártires de Tacubaya».

Es el caso que el general don Miguel Miramón regresaba, como os he dicho, de su frustrada expedición á Veracruz, lleno de ira por no haber podido tomar aquel último baluarte de la libertad á pesar de los numerosos elementos de guerra de que disponía y al llegar á la capital se le dió cuenta de que se acababa de ganar una batalla contra los liberales que atrevidamente habían osado presentarse cerca de los muros de la capital y provocar á sus contrarios.

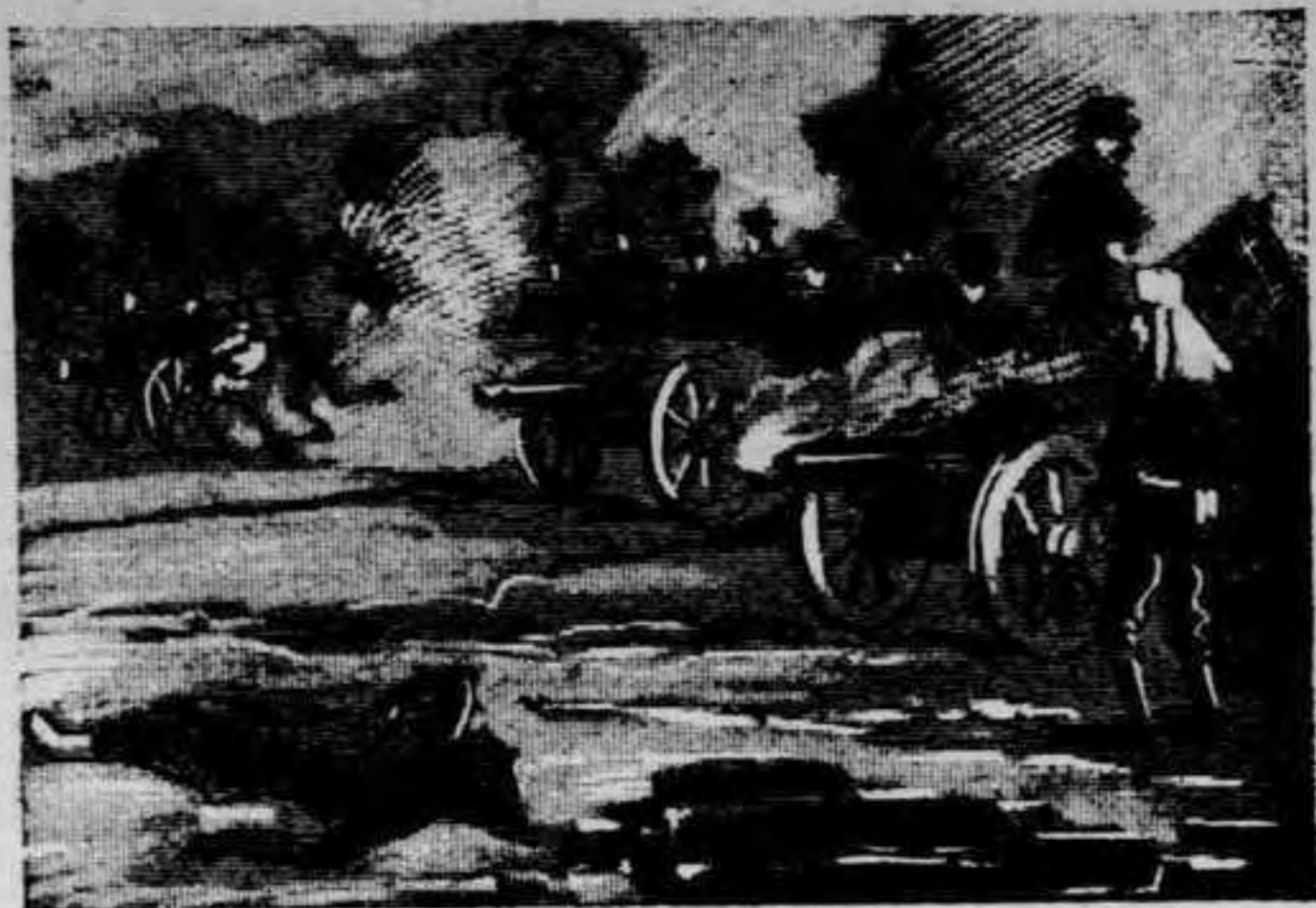
Miramón, en su violento despecho dió una orden terrible para saciar su sed de sangre y

su contrariado encono y fué que se pasara por las armas, es decir, que se fusilara á todos los prisioneros que hubieran caído en esa terrible acción y como una orden cruel y sanguinaria, queridos niños, halla por desgracia con mucha facilidad ejecutores, esta lo tuvo en el general don Leonardo Márquez, segundo en jefe del Presidente Miramón; y no pareciéndole todavía bastante cruel, fusiló no solo á los prisioneros de caracter militar sino aún á los que como practicantes de medicina prestaban ó compartían sus consuelos y los recursos de su ciencia á los heridos en la batalla.

Acción de tigres, que la historia ha guardado entre sus más negras páginas.

Allí, en esa hecatombe, perecieron jóvenes de gran valor y ciencia y que hubieran dado á la patria días de gloria y de prosperidad...

Al fin, el heroismo del pueblo y la firmeza de Juarez, triunfaron de la aciaga y esquiva fortuna y después de tres años de combates sangrientos, de lucha sin tregua, apuntó la aurora del triunfo.



A los aguerridos caudillos reaccionarios se opusieron artesanos que poco á poco, derrota tras derrota, fueron adquiriendo pericia en el arte de la guerra.

El día 10 de Agosto del año de 1860 el joven general don Ignacio Zaragoza á quien la Providencia reservaba para días más venturosos, dió contra las hasta entonces aguerridas é

invencibles huestes del general don Miguel Miramón, una memorable batalla llamada de Silao de la Victoria.

Las fuerzas reaccionarias quedaron allí hechas pedazos, el general Miramón perdió la mayor parte de su artillería y de sus elementos de guerra.

Vino violentamente á la capital para organizar otro ejército, y por último, al frente de ocho mil hombres, se encontró en el pueblo de San Miguel de Calpulalpam con las fuerzas liberales que ya perfectamente organizadas, con suficientes elementos de guerra y moralizadas por la victoria, marchaban en formidables columnas sobre la Capital de la República, arrollándolo todo á su paso, mandadas por los invictos generales González. Ortega y Zaragoza.

El encuentro fué terrible; Miramón hizo sus acostumbrados prodigios de valor; pero sus impetuosos esfuerzos se estrellaron por completo: dió brillantes cargas de caballería con las que llegó á poner en cierta confusión

el ala izquierda de los liberales; pero esto fué pasajero y al fin, á las seis de la tarde, huía casi sólo, descorazonado y sin un soldado más que oponer á la marcha triunfal del enemigo,

Esta batalla de San Miguel de Calpulalpam, última de la serie de épicos combates que constituyen la guerra de tres años ó de Reforma, fué la definitiva: allí quedó aplastado el poder militar de la reacción é incapaz de ponerse frente á frente del partido liberal que triunfante, después de tantos días de prueba, iba á entrar en su época gloriosa.

